

estrella móvil, á los rayos del sol naciente, cuando Schumacker, apoyado en el brazo de su hija, bajaba, como de costumbre, al jardín circular que rodeaba su prision. Ambos habian pasado una noche agitada; el anciano por el insomnio y la jóven por sus deliciosos ensueños. Se paseaban ya bastante rato en silencio, cuando el prisionero, fijando en su hija la mirada triste y grave, la dijo:

—Sonríes y te ruborizas tú sola, Ethel; sin duda eres feliz, porque no te avergüenzas de tu pasado y ves el porvenir alegre.

Ethel se puso más encarnada y dejó de sonreír.

—Padre mio, dijo tímida y confusa, traigo el libro del Edda.

—Pues bien, lee, hija mia, contestó Schumacker, volviendo á abismarse en sus meditaciones.

Y el sombrío cautivo, sentado en un peñasco, al que sombreaba un pino, escuchó la dulce voz de su hija, sin oír lo que leía, como un viajero cansado se complace con el murmullo de la fuente que le dá la vida.

Ethel leyó la historia de la pastora Alanga, que rehusó la mano de un rey, hasta que probó que era guerrero. El príncipe Rugiero Lodbrog no consiguió á la pastora hasta que volvió vencedor del bandido Klipstadur, Ingolfo el Exterminador.

Interrumpió de repente la lectura un rumor de pasos y de hojas pisoteadas que distrajo á Schumacker de sus meditaciones. El teniente Ahlefeld salió por detrás de la roca en que padre é hija estaban sentados. Ethel bajó la cabeza, reconociendo á su eterno interruptor, y el oficial exclamó:

—Acabo de oír pronunciar por vuestra hermosa boca el nombre de Ingolfo el Exterminador, y sospecho que habreis ascendido hasta él por la colina de la conversacion acerca de su descendiente Han de Islandia; las doncellas son muy aficionadas á hablar de bandidos. Bajo ese aspecto se cuentan de Ingolfo y de sus descendientes lances singularmente agradables y espantosos. El exterminador Ingolfo solo tuvo un hijo, nacido de la bruja Thovarka; este hijo tuvo tambien otro hijo de otra bruja. De cuatro siglos á esta parte así se ha perpetuado esa raza para la desolacion de la Islandia; siempre por un solo vástago que solo produce una rama. Y por esta serie de herederos únicos llegó hasta nuestros dias sano y salvo el infernal espíritu de

Ingolfo al famoso Han de Islandia, que ahora tenia hace un momento la dicha de ocupar los virginales pensamientos de tan hermosa dama.

El oficial calló; Ethel, turbada, guardaba silencio y Schumacker se fastidiaba. Contento el teniente de hallarlos dispuestos, si no á responder, al menos á escuchar, prosiguió:

—El bandido de Klipstadur no siente otra pasion que la del odio á los hombres, ni tiene otro deseo que el causarles daño...

—Es discreto, interrumpió bruscamente el prisionero.

—Siempre vive solo.

—Es feliz, replicó Schumacker.

Esta doble interrupcion, que parecia querer anular un diálogo, colmó de alegría al militar.

—Presérvenos el dios Mithra, contestó, de esos discretos y de esos felices. Maldito sea el viento mal intencionado que trajo á la Noruega el último de los demonios de Islandia; y no debeis decir mal intencionado, porque se asegura que debemos á un obispo la felicidad de poseer á Han de Klipstadur.

Segun dice la tradicion, parece que unos aldeanos islandeses se encontraron en los montes de Bessstedt al pequeño Han, niño todavía, y quisieron matarle, como Astiages mató al leoncito de Bactriana; pero el obispo de Scalholt se opuso y tomó al mónstruo bajo su proteccion, con la esperanza de convertir en cristiano al diablillo.

El buen obispo empleó mil medios para desarrollar aquella inteligencia infernal, olvidando que la cicuta nunca se convirtió en lirio en los pensiles de Babilonia. Así es que ese demonio pagó al pobre obispo huyendo una noche montado en un tronco de árbol á través de los mares é iluminando su fuga con el incendio del palacio episcopal.

Hé aquí, segun las viejas de esta comarca, cómo se transportó á Noruega ese islandés, que, gracias á la educacion recibida, ofrece hoy dia la perfeccion del mónstruo. Desde entonces son innumerables sus crímenes. Cegó las minas de Fa-roër, aplastando trescientos mineros bajo sus escombros; precipitó el enorme peñasco pendiente de Golynd, durante la noche, sobre la aldea que dominaba; deshizo el puente de Haf-Broen, precipitándolo desde lo alto de las rocas al paso de los viajeros; incendió la catedral de Drontheim; apaga durante las noches de tempestad los fanales de las costas, y ha

cometido un sinnúmero de asesinatos que sepulta en los lagos de Sparbo ó de Smiasen, ú oculta en las grutas de Walderhog y de Rylas y en las gargantas de Dofre-Field. Aseguran las viejas que le sale un pelo en la barba por cada crimen que comete, y si esto es así, su barba debe estar tan poblada como la de un mago de la Asiria. El gobernador ha procurado alguna vez, aunque inútilmente, poner coto al extraordinario incremento de esa barba.

Schumacker interrumpió su silencio diciendo:

—¿Y todos los esfuerzos para apoderarse de ese hombre han sido inútiles? Felicito á la gran cancillería.

El oficial no comprendió el sarcasmo del gran ex-canciller.

—Hasta hoy ha sido incapturable. Soldados viejos, soldados bisoños, campesinos, montañeses, todos mueren ó todos huyen ante él. Es un demonio inevitable é incogible; lo mejor que puede sucederles á los que le buscan es no encontrarle.

—Acaso esta noble señorita se quede sorprendida, continuó el teniente sentándose con familiaridad cerca de Ethel, que se aproximó á su padre, de las particularidades que le cuento de ese sér sobrenatural; pero no sin motivo he logrado recopilar tantas tradiciones. Páreceme, y seria feliz si esa noble señora participase de mi opinion, que las aventuras de Han podian dar pié para una novela deliciosa del estilo de la sublime escritora señorita de Scudery, del género del *Artamano* ó de *Clelia*, de la que aun no he leído más que seis tomos, pero que es una obra magistral á mi entender. Seria preciso para eso, ante todas las cosas, suavizar nuestro clima, engalanar nuestras tradiciones, modificar nuestros nombres bárbaros; por ejemplo: Drontheim se convertiria en *Durtinianum*, y veria sus selvas trocarse, al golpe de mi varita de virtudes, en deliciosos bosquecillos, bañados de arroyuelos murmuradores, algo más poético que nuestros terribles torrentes. Nuestras cavernas negras y profundas se convertirian en aromáticas grutas, tapizadas de conchas y de mariscos. En una de esas grutas habitaria un célebre encantador, Hanus de Thulé; porque es menester convenir en que el nombre de Han de Islandia no es grato al oído delicado. Ese gigante, pues seria absurdo que el héroe de la novela no fuese un gigante, ese gigante descenderia en línea recta del dios Mar-

te (Ingolfo el Exterminador nada dice á la imaginacion) y de la encantadora Teones... (que así sonaria alterando el nombre de Thoarka)... y seria hijo de la sibila de Cumas. Hanus, despues de ser educado por el gran mago de Thulé, se escaparia al fin del palacio del Pontífice en un carro tirado por dos dragones... seria tener poco talento conservar la mezquina tradicion del tronco del árbol. Llegado á *Durtinianum* y encantado de tan delicioso pais, lo haria el sitio de su residencia y el teatro de sus crímenes. No tendria gran éxito entretenerse á pintar las fechorías de Han si no se dulcificasen sus horrores por medio de algun amor ingeniosamente imaginado. La pastora Alcipe, apacentando un dia su ganado por un bosquecillo de mirtos y de olivos, seria apercebida por el gigante, que se rendiria al poder de sus divinos ojos; pero Alcipe amaria al gallardo Lycidaz, alférez de milicia de guarnicion allí. El gigante se enfureceria de la felicidad del centurion y el centurion de las asiduidades del gigante; ya concebís, noble señora, qué gran partido puede sacar la ingeniosa imaginacion de las aventuras de Hanus. Apostaria mis botas de Cracovia contra un par de patines que este asunto, desarrollado por la ingeniosa señorita de Scudery, volveria locas á todas las damas de Copenhague.

Esta palabra arrancó á Schumacker de la sombría meditacion en que estuvo ensimismado durante el derroche inútil de facundia que acababa de hacer el teniente.

—Copenhague! exclamó bruscamente el prisionero; señor oficial, ¿qué sucede de nuevo en Copenhague?

—Nada que yo sepa, respondió el militar, más que el consentimiento dado por el rey para celebrar la boda importante que ocupa en estos instantes la atencion de los dos reinos.

—Qué boda es esa? preguntó Schumacker.

La aparicion de un cuarto interlocutor detuvo la respuesta en los labios del teniente.

Los tres levantaron los ojos. Desanublóse el rostro sombrío del prisionero; la fisonomía frívola del militar adquirió expresion grave, y el semblante de Ethel, pálido durante el largo soliloquio del oficial, recobró vida y alegría, suspirando profundamente, como si su corazon se hubiera aligerado de un peso insoportable. Su sonrisa, triste y furtiva, se dirigió al recién llegado.

Era Ordener.

El viejo, la jóven y el teniente estaban respecto á Ordener en posicion singular; cada uno tenia un secreto con él, de modo que todos se molestaban reciprocamente. La vuelta de Ordener á la torre no sorprendió ni á Schumacker ni á Ethel, porque le esperaban; pero sorprendió al teniente, tanto como la presencia del teniente sorprendió á Ordener, que temió que alguna indiscrecion del oficial descubriera la escena del dia anterior, si éste hubiera infringido la ley de caballería. Se asombraba de verle sentado tranquilamente al lado de los prisioneros.

Los cuatro personajes no podian decirse nada juntos, precisamente porque tenian mucho que decirse á solas. De modo que, salvo algunas miradas de inteligencia y de confusion, la acogida que obtuvo Ordener fué absolutamente silenciosa.

El teniente lanzó una carcajada despues de un instante de silencio.

—Por la cola del manto real, mi querido recien llegado, parece que estamos callados como los senadores galos cuando el romano Breno... ya no recuerdo quiénes eran los galos ni quiénes eran los romanos, si el general ó los senadores... No importa! Mas ya que habeis venido, ayudadme á enterar á este noble anciano y á su hija de lo que sucede de nuevo. Iba, cuando entrásteis, á hablarles del ilustre himeneo que ocupa á estas horas á medos y á persas.

—Qué casamiento es ese? preguntaron al mismo tiempo Schumacker y Ordener.

—En el corte de vuestro traje, señor extranjero, dijo el teniente, habia yo ya adivinado que veniais de lejanas tierras. Y esa pregunta cambia mi sospecha en certidumbre. Debisteis desembarcar en las playas del Nidder en mágico carro tirado por dos grifos alados, porque de otro modo no hubiérais podido recorrer la Noruega sin enteraros del famoso casamiento del hijo del virey con la hija del gran canciller.

—Es cierto? ¿Ordener Guldenlew se casa con Ulrica Ahlefeld? preguntó Schumacker al teniente.

—Como os lo digo, y eso sucederá antes de que haya pasado en Copenhague la moda de los jubones á la francesa.

—El hijo de Federico debe tener cerca de veintidos años, porque estaba yo ya encerrado uno en la fortaleza de Copenhague cuando llegó á mis oidos la noticia de su nacimiento. Bien hace en casarse

jóven, continuó Schumacker con amarga sonrisa; así al menos no le acusarán, cuando caiga en la desgracia, de haber aspirado al capelo de cardenal.

El antiguo favorito aludia á sus propias desgracias y el teniente no le comprendió.

—No ciertamente, dijo soltando la carcajada. El baron Ordener vá á recibir el título de conde, el collar del Elefante y los galones de coronel, que no se compaginan bien con la birreta cardenalicia.

—Tanto mejor, respondió Schumacker. Despues, tras breve pausa, añadió, meneando la cabeza:—Quizás algun dia le harán una argolla de ese noble cordon, ó le estrellarán en la frente la corona de conde, ó le darán de bofetones con sus galones de coronel.

Ordener estrechó la mano del anciano.

—Por dar pábulo á vuestro odio, no maldigais, señor, la felicidad de un enemigo antes de saber si eso es felicidad para él.

—¿Y qué le importan esos anatemas al baron de Thorvick?

—Le importan más de lo que creéis... quizás, le contestó Ordener, y prosiguió diciendo: Ese famoso casamiento no es tan seguro como imagináis.

—*Fiat quod vis*, respondió el teniente con irónico saludo: lo han dispuesto todo para esa boda el rey, el virey y el gran canciller; la desean, están empeñados en que se verifique, pero ya que os desagrada, nada importa que así piensen el gran canciller, el virey ni el rey.

—Quizás tengais razon, dijo Ordener con seriedad.

—A fé mia, exclamó el teniente sin poder contener la risa, que esto es chusco. Quisiera que el baron de Thorvick estuviese aquí para oír á un adivino, tan instruido de las cosas del mundo, decidir de su destino. Creedme, docto profeta, aun teneis pocas barbas para ser buen nigromántico.

—No creo, señor teniente, contestó Ordener con frialdad, que Ordener se case con una mujer sin amarla.

—Valiente lio de máximas! ¿Y quién os dice, señor de la capa verde, que el baron no ame á Ulrica de Ahlefeld?

—Y quién os dice á vos que la ama? replicó al punto Ordener.

El teniente, arrastrado, como sucede muchas veces, por el calor de la conversacion, afirmó un hecho del que no estaba seguro.

—Quién me dice que la ama? Vaya

una pregunta. Siento contradecir vuestro pronóstico; pero todo el mundo sabe que este casamiento tanto es de pasion como de conveniencia.

—Todo el mundo lo sabe menos yo, dijo Ordener con tono grave.

—Excepto vos, pero eso no importa; porque vos no podeis impedir que el hijo del virey esté enamorado de la hija del gran canciller.

—Enamorado?

—Completamente enamorado.

—Pues es preciso que esté loco para estar tan enamorado.

—No olvidéis de quién habláis y á quién estais hablando. ¡No parece sino que el hijo del virey no haya podido enamorarse de una mujer sin consultar á este gagnápiro!

Hablando así se levantó el oficial. Ethel, que vió inflamarse la mirada de Ordener, se puso delante de él, diciéndole:

—Serenaos por el amor de Dios, no escucheis sus injurias; ¿qué nos importa que el hijo del virey ame ó no á la hija del canciller?

La bienhechora mano de Ethel, puesta sobre el corazon del jóven, apaciguó la tempestad; fijó en ella una mirada cariñosa y no oyó la voz del militar, que recuperando su alegría, exclamaba:

—Esta noble señorita desempeña con indecible gracia el papel de las mujeres sabinas entre sus padres y sus maridos. Estuve imprudente; olvidé, prosiguió dirigiéndose á Ordener, que existia entre nosotros un lazo de fraternidad y que no podemos provocarnos. Caballero, estrechad mi mano; pero convenid tambien conmigo en que olvidásteis que hablábais del hijo del virey á su futuro cuñado el teniente de Ahlefeld.

Al oír este nombre, Schumacker, que todo lo habia observado hasta aquí con indiferencia, se levantó de su asiento de piedra, lanzando un grito terrible.

—De Ahlefeld! ¡un Ahlefeld delante de mí! Una serpiente! ¡Cómo no he reconocido al hijo de tan execrable padre! Dejadme en paz en mi calabozo, no he sido condenado al suplicio de veros. Solo me faltaba, como se atrevia ese infame á desearlo hace un momento, ver al hijo de Guldenlew junto al hijo de Ahlefeld. Traidores! Cobardes! ¡Por qué no vienen á gozarse en mis lágrimas de demencia y de rabia! ¡hijo de raza aborrecida, hijo de Ahlefeld, déjame!

El teniente, aturdido en los primeros momentos por la vivacidad de las im-

precaciones, no tardó en recobrar su cólera y la palabra, diciendo:

—Silencio, viejo insensato! ¡Acabarás de cantarme las letanias de los demonios!

—Déjame, déjame, prosiguió el preso; déjame y llévate mi maldicion para tí y para la miserable raza de Guldenlew que vá á aliarse con la tuya.

—¡Vive Dios, exclamó el teniente, que me haces dos ultrajes!

Ordener contuvo al teniente, que estaba ciego de cólera.

—Respetad que es anciano vuestro enemigo, le dijo; y ya que tenemos un lance pendiente, yo os responderé de las ofensas del prisionero.

—Sea, contestó el teniente; contraeis una nueva deuda. El combate será á muerte, porque tengo que satisfacer dos vengazas, la de mi cuñado y la mia. No olvidéis que con mi guante levantais el de Ordener Guldenlew.

—Teniente Ahlefeld, le respondió Ordener, abrazais el partido de los ausentes con un calor que prueba vuestra generosidad. ¿Pero no seria tambien accion generosa compadecerse de un pobre anciano, á quien la adversidad dá algun derecho á ser injusto?

Era el alma del teniente de aquellas en las que una alabanza despierta una virtud. Estrechó la mano de Ordener, y aproximándose á Schumacker, que agotadas sus fuerzas por su arrebató, habia caido exánime en brazos de la aterrada Ethel, le dijo:

—Caballero Schumacker, habeis abusado de vuestra ancianidad, y yo quizás hubiese abusado de mi juventud si el cielo no os hubiese deparado un campeón. Entré esta mañana en vuestra prision solo para deciros que de aquí en adelante podeis quedar, por orden del virey, libre y sin guardia en la torre. Recibid esta grata noticia de boca de un enemigo.

—Retiraos, contestó el anciano con voz sombría.

El teniente se inclinó y obedeció, satisfecho interiormente de haber conquistado una mirada de aprobacion de Ordener.

Permaneció Schumacker largo rato con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, entregado á sus meditaciones: de repente fijó la vista en Ordener, que estaba en pié y silencioso delante de él.

—Qué hay? le preguntó.

—Señor conde, Dispolsen ha muerto asesinado.

Volvió á inclinar el anciano la frente. Ordener continuó:

—Su asesino es un bandido famoso, Han de Islandia.

—Han de Islandia! dijo Schumacker.

—Han de Islandia! repitió Ethel.

—El ha despojado al capitán.

—¿Segun eso, no habreis oído hablar de un cofrecillo de hierro sellado con las armas de Griffenfeld?

—No, señor.

Apoyó Schumacker la frente con las manos con profundo desaliento.

—Yo os lo recobraré, señor conde, confiad en mí. El asesinato se cometió ayer por la mañana. Han ha huido hácia el Norte. Yo me he proporcionado un guía que conoce sus guaridas, y yo he recorrido muchas veces las montañas del Drontheimnus. Yo cogeré al asesino.

Ethel palideció. Schumacker se levantó y miró al jóven con tal alegría, que parecia indicar que comprendia que aun habia virtud en los hombres.

—Adios, noble Ordener, le dijo; y levantando una mano hácia el cielo, desapareció entre los árboles.

Cuando Ordener se volvió, vió sobre la roca, ennegrecida por el musgo, á Ethel, pálida como una estatua de alabastro sobre un negro pedestal.

—Dios mio! Ethel! exclamó, precipitándose hácia ella y sosteniéndola en sus brazos; qué tienes?

—Oh! respondió temblando la jóven; si me amas, si tienes compasion de mí, si no me hablabas ayer para engañarme, si no has venido al castillo para ocasionar mi muerte, renuncia, en nombre del cielo y en nombre de los ángeles, renuncia á ese proyecto insensato. Ordener, querido Ordener, prosiguió, y sus lágrimas caian en abundancia y su cabeza se inclinaba en el seno del jóven; haz este sacrificio por mí. No persigas á ese bandido, á ese espantoso demonio á quien quieres combatir. ¿Qué interés debe ser más caro para tí que el de la infeliz á la que llamabas ayer tu esposa?

Sus sollozos no la dejaron continuar. Sus brazos pendian con las manos cruzadas sobre el cuello de Ordener, en cuyos ojos fijaba los suyos suplicantes.

—Ethel mia, haces mal de asustarte. Dios protege las buenas intenciones, y el interés por el que yo me expongo es el tuyo. Ese cofrecillo de hierro contiene...

Ethel le interrumpió, diciendo:

—Mi interés! ¿Tengo yo otro interés que el de tu vida? Y si tú mueres, Ordener... qué será de mí?

—Y por qué he de morir, Ethel?

—Tú no conoces á Han, á ese bandido infernal. ¿Sabes á qué mónstruo persigues? ¿Sabes que manda á todas las potencias de las tinieblas? ¿que derriba montañas sobre ciudades, que sus pasos ciegan las cavernas subterráneas, que su soplo apaga los fanales de las costas? ¿Y crees, Ordener mio, poder resistir á ese gigante, á quien auxilia el demonio, con tus brazos blancos y tu frágil espada?

—Y tus oraciones, Ethel? ¿y la idea de que combato por tí? Estate segura que te han exagerado mucho la fuerza y el poder de ese bandido. Es un hombre como yo, que dará la muerte hasta que la reciba.

—No quieres oirme! ¡Mis palabras nada significan para tí! ¿Qué será de mí si tú partes y vas á vagar de peligro en peligro, exponiendo, no sé por qué interés terreno, tu vida, que es mia, para entregársela á ese mónstruo?

Y entonces se despertaron en su imaginacion las anécdotas del teniente respecto á Han, exageradas por su amor y por su terror.

Ethel prosiguió diciendo, con voz entrecortada por los sollozos:

—Te aseguro que los que te han dicho que Han no es más que un hombre te han engañado. Me debes creer más que á ellos, Ordener, porque sabes que yo no te he de engañar. Mil veces han intentado cogerle y él ha destruido batallones enteros. Quisiera que esto te lo dijeran los demás, porque los creerias y no irias á perseguirle.

Las súplicas de la pobre Ethel hubieran quizás hecho vacilar á Ordener en su temeraria resolucion á no hallarse ya tan comprometido. Recordó las palabras escapadas á Schumacker en su desesperacion el dia anterior y ellas le afirmaron en su resolucion.

—Podia decirte, mi querida Ethel, que no iré y engañarte; pero no te engañaré nunca, ni aun para tranquilizarte. Repito que no debo vacilar entre tus lágrimas y tus intereses. Se trata de tu honor, del de tu padre, de tu felicidad, de tu vida tal vez, Ethel mia!

Y el jóven la estrechaba con ternura entre sus brazos.

—Qué me importa todo eso? repitió en el colmo de su agonía. Amigo mio, Ordener, mi vida, porque tú sabes que lo eres; oh! no me proporciones un infortunio espantoso y cierto en cambio de pesadumbres llevaderas y dudosas. ¿Qué importan mi fortuna y mi vida?...

—Se trata tambien, Ethel, de la vida de tu padre.

Ethel se desvió de los brazos de Ordener.

—De mi padre? dijo en voz baja, y su rostro se cubrió de mortal palidez.

—Sí, Ethel. Ese bandolero, pagado sin duda por los enemigos del conde Griffenfeld, tiene en su poder documentos cuya pérdida comprometen la vida, ya tan expuesta, de tu padre. Quiero arrebatarle esos documentos con la vida.

Ethel permaneció algunos instantes pálida y muda; sus ojos no podian ya derramar lágrimas; su seno, agitado, respiraba con dificultad, y miraba al suelo con ojos fijos é indiferentes, como el reo mira el momento en que la cuchilla terrible se levanta sobre su cabeza.

—La vida de mi padre! murmuró con voz desfallecida.

Alzó los ojos lentamente á Ordener, diciéndole:

—Lo que vas á hacer es inútil, pero hazlo.

Ordener la estrechó contra su corazón.

—¡Oh mujer celestial, deja que tu corazón palpite junto al mio! Generosa amiga, pronto volveré. Quiero ser el libertador de tu padre para merecer el título de hijo suyo. Ethel, querida Ethel!...

¿Quién podrá describir lo que pasa en un corazón noble cuando conoce que otro corazón generoso le comprende? Y si el amor une dos almas parecidas con un vínculo indestructible, ¿quién podrá pintar sus inefables delicias? Parece que entonces se encuentran reunidas por un solo momento toda la felicidad y toda la gloria de la existencia, embellecida con el encanto de los sacrificios generosos.

—Ordener mio, marcha, y si no vuelves, el dolor sin esperanza asesina; me quedará este lento consuelo.

Levantáronse entrambos y Ordener colocó sobre su brazo el brazo de Ethel y en su mano la de su adorada: atravesaron así en silencio las tortuosas alamedas del sombrío jardín y llegaron, con profundo sentimiento, á la puerta de la torre que servia de salida. Allí Ethel, sacando de su seno unas pequeñas tijeras de oro, se cortó un rizo de sus hermosos cabellos negros.

—Recibe esta prenda, Ordener; que ella te acompañe y sea más dichosa que yo.

Ordener besó religiosamente el presente de su prometida.

Ella prosiguió:

—Ordener, piensa en mí; yo rezaré por tí. Acaso mis oraciones serán tan poderosas para con Dios, como tus armas para con el demonio,

Ordener se arrodilló á los piés de aquel ángel. Sentia demasiado su alma para que pudieran hablar sus labios. Permanecieron ambos largo rato inclinado el uno sobre el corazón del otro. En el momento de separarse de ella, acaso para siempre, gozaba Ordener con triste encanto de la felicidad de retener á su tierna Ethel en sus brazos. Depositando por fin un largo beso sobre la frente pálida de la hermosa vírgen, se lanzó rápidamente bajo la oscura bóveda de la escalera de espiral, que le trajo un momento despues á sus oídos la palabra tan lúgubre y tan dulce: Adios!

X.

No te pareceria desgraciada porque todo lo que la rodea anuncia la felicidad. Lleva collares de oro y trajes de púrpura. Cuando sale, muchedumbre de vasallos se arrodilla ante ella y pajes sumisos extienden alfombras para que pase. Pero no se la vé en su retiro predilecto; entonces llora y su esposo no la oye. Yo soy esa desgraciada esposa de un hombre ilustre, de un noble conde, y la madre de un niño cuyas sonrisas me desgarran el corazón.
(Maturin, Bertram.)

La condesa de Ahlefeld acababa de dejar el insomnio de la noche por el del dia. Recostada en un sofá, le atormentaban los dejos amargos de los goces impuros y el crimen que gasta la vida con alegrías sin felicidad y con dolores sin consuelo. Pensaba en Musdæmon, al que culpables ilusiones habian hecho aparecer á sus ojos tan seductor en otro tiempo y que tan horrible le encontró cuando le conoció á fondo y pudo ver su alma al través del cuerpo.

La miserable lloraba, no por haber sido engañada, sino por no poderlo ser ya; de pesadumbre, no de arrepentimiento; por eso no la consolaban sus lágrimas.

En este momento se abrió la puerta del salon, enjugóse los ojos apresuradamente la condesa y se volvió irritada y sorprendida porque habia mandado que se la dejase sola. Su cólera se cambió, al ver á Musdæmon, en espanto, que reprimió al punto al verle entrar acompañado de su hijo Federico.

—Madre mia, preguntó el teniente, cómo es que estais aquí? Os creia en Berghen: ¿será que las damas han puesto en moda en Copenhague dejar su casa por el campo?

La condesa recibió cariñosamente á Federico, y éste, como todos los niños mi-

mados, la correspondió con frialdad; este era quizás el más cruel de todos los castigos para aquella infeliz. Federico era su hijo querido, el único sér en el mundo por quien ella conservaba desinteresada afecion; porque frecuentemente en una mujer degradada, aun cuando para ella haya desaparecido el esposo, queda siempre el cariño de madre.

—Ya veo, hijo mio, que apenas has sabido que estaba tu madre en Drontheim has venido al instante á verla.

—No, nada de eso. Me aburría en el castillo y vine á la ciudad, donde he encontrado á Musdæmon, que me ha traído aquí.

La pobre madre suspiró profundamente.

—A propósito, madre mia, me alegro de veros. Quiero saber si los lazos de cinta de color de rosa continúan siendo de moda en Copenhague. ¿Os acordásteis de traerme un frasco de aquel aceite de Jovence que blanquea el cutis? ¿Me habeis traído la última novela traducida, y los galones de oro vírgen que os encargué para mi ferreruelo color de fuego, y los peñecillos que se usan ahora para sostener los rizos, y...?

La desgraciada condesa solo habia traído á su hijo el cariño que le profesaba.

—Estuve enferma, hijo mio, y mis dolencias no me han permitido pensar en tus placeres.

—Habeis estado mala? pero ya estais mejor, no es verdad? A propósito: ¿cómo están mis galgos normandos? Apuesto cualquier cosa á que no habeis bañado todas las noches á mi mona con agua de rosas. Vereis como encuentro muerto cuando vuelva á mi loro de Bilbao. Cuando yo no estoy en casa nadie piensa en mis bichos.

—Tu madre al menos piensa en tí, hijo mio, dijo la condesa con voz doliente.

—Veo, señor Federico, dijo Musdæmon, que la espada de acero no quiere tomarse el orin en la vaina de hierro; vueseñoría no quiere perder en el castillo de Munckholm las sanas tradiciones de los salones de Copenhague. Pero decidme, ¿de qué sirven ese aceite de Jovence, esas cintas de color de rosa y esos peñecillos? ¿De qué sirven esos preparativos de sitio, si la única fortaleza femenina que encierran las torres de Munckholm es inexpugnable?

—A fé mia que lo es, respondió Federico sonriendo; y sabe Dios que cuando

yo no la he rendido, no la rendirá ni el mismo general Schack. Pero, ¿quién diablos ha de sorprender una fortaleza en la que nada está descubierto, en la que todo está vigilado constantemente? ¿Qué puede el hombre contra golas que no dejan ver más que el pescuezo, contra mangas que tapan todo el brazo, de tal modo que solo el rostro y las manos prueban que la poseedora de ellos no es negra como el emperador de la Mauritania? Querido preceptor, toda vuestra ciencia seria inútil. Creedme, la fortaleza es inexpugnable cuando la defiende el pudor.

—Ciertamente; ¿pero no seria posible obligar al pudor á que capitulara, haciendo que el amor diera el asalto en regla, en vez de limitarse al fuego graneado de los galanteos?

—Tiempo perdido!... El amor se introdujo ya en la plaza, pero se introdujo para auxiliar al pudor.

—Pues entonces, si os tiene amor...

—¿Y quién os ha dicho que lo sienta por mí?

—Por quién, pues? preguntaron á la vez Musdæmon y la condesa, la que hasta entonces oyó en silencio y á quien las palabras del teniente acababan de recordarle á Ordener.

Federico iba ya á responder y se preparaba á desarrollar una relacion picante de la escena nocturna de la víspera, cuando le vino á la memoria el silencio prescrito por la ley de la caballería y convirtió su jovialidad en turbacion.

—Pardiez!... no sé por quién siente amor... por un rústico tal vez... acaso por algun villano...

—Por algun soldado de la guarnicion? preguntó Musdæmon riendo.

—¿Estás seguro que ama á algun villano? interrogó á su vez la condesa.

—Toma, pues ya se vé que lo estoy... pero no es un soldado de la guarnicion. Estoy bastante seguro de lo que digo, para suplicaros que abrevieis mi inútil destierro en ese maldito castillo.

Una expresion de alegría se pintó en el rostro de la condesa al oír referir la flaqueza de Ethel, presentándose á su espíritu la prisa de Ordener Guldenlew en ir á Munckholm bajo diferentes colores, y la atribuyó á la presencia de su hijo en dicho castillo.

—Ya nos darás más detalles acerca de los amoríos de Ethel Schumacker, que no me sorprenden, porque ella, que es hija de un rústico, no debe amar más que á un hombre de su clase. Pero en-

tre tanto, Federico, no hables mal de esa torre, que te proporcionó ayer el honor de que cierto personaje diera los primeros pasos para conocerte.

—¿Qué decís? de qué personaje hablais?

—Recibiste ayer alguna noticia? Ya ves que estoy enterada.

—Mejor que yo, segun parece. El diablo me lleve si ví ayer más caras que las de los mascarones que sacan la lengua en las cornisas de las torres.

—Cómo! nadie te visitó?

—Nadie, madre mia, nadie.

No haciendo mencion de su antagonista, Federico obedecía á la ley del silencio; además, ¿podia aspirar aquel cualquiera á que éste le tomase por un personaje?

—¿El hijo del virey no fué ayer tarde á Munckholm?

—El hijo del virey! exclamó Federico riendo. Soñais, madre mia, ó chocheais.

—Ni una cosa ni otra. ¿Qué oficial estaba ayer de guardia?

—Yo, contestó Federico.

—Y tú no has visto al baron Ordener?

—No, no.

—Piensa que pudo entrar de incógnito, porque tú no lo conoces, por haberte educado en Copenhague, mientras él se educaba en Drontheim. Piensa en lo que se cuenta de sus caprichos y de sus ideas aventureras. ¿Estás seguro de no haber visto á nadie ayer en el castillo?

Federico dudó un momento.

—No, contestó; no puedo decir otra cosa.

—En ese caso el baron no ha estado en Munckholm.

Musdæmon, sorprendido al principio como Federico, habia escuchado con atención, y dijo, interrumpiendo á la condesa:

—Decidme, señor Federico, ¿cómo se llama el palurdo que ama á la hija de Schumacker?

Dos veces hizo esta pregunta, porque Federico, que hacia algunos momentos se habia quedado pensativo, no la oyó la primera vez.

—Lo ignoro, ó por mejor decir... no lo sé.

—Y cómo sabeis que le ama?

—Un palurdo dije?... Sí, sí... pues es un palurdo.

Aumentaban las dificultades de la situacion en que se encontraba el teniente. Las ideas que hacia nacer en él este interrogatorio y la obligacion de callar le ponian en extraña confusion.

—Si es que ahora es moda machacarle

á uno preguntándole, podeis entreteneros haciéndoos preguntas vosotros dos, el uno al otro. Por mi parte nada más tengo que decir.

Abrió de golpe la puerta y desapareció, dejándolos sumergidos en un abismo de conjeturas. Bajó con rapidez al patio, sin hacer caso de Musdæmon, que le llamaba.

Montó á caballo y se dirigió al puerto, donde fué á embarcarse para ir á Munckholm, con la esperanza de encontrar aun allí al extranjero que consiguió turbar con profundas cavilaciones á una de las cabezas más frívolas de una de las más frívolas capitales.

—Si verdaderamente es Ordener Guldenlew, decia para sí, en este caso mi pobre Ulrica... pero es imposible que exista un hombre que sea tan loco que prefiera la hija indigente de un prisionero de Estado á la hija opulenta de un ministro omnipotente.

En todo caso la hija de Schumacker será solo un capricho, y nada impide, cuando se tiene mujer propia, tener al mismo tiempo una querida; esto hasta es de buen tono. Pero no, aquel jóven no es Ordener: el hijo del virey no usaria jubon raído y pluma negra, vieja y sin presilla, ni aquella capa grande, con la que podria armarse una tienda de campaña, ni llevaria aquel pelo alborotado, sin joyas ni rizos, ni aquellas botas con espuelas de hierro, sucias de polvo y de barro. Verdaderamente no puede ser Ordener, baron de Thorvick de Dannebrog; ese extranjero no lleva ninguna clase de condecoracion. Si yo fuese caballero de Dannebrog, me parece que ni para acostarme me quitaria el collar de la orden. Ese jóven ni aun siquiera ha leído la *Clelia*. No, no es el hijo del virey.

XI.

Si el hombre pudiera conservar el calor del alma cuando le ilumina la experiencia, no insultaria jamás á las virtudes exaltadas, cuyo primer mérito es siempre el sacrificio de sí mismo. (MAD. DE STAEL.)

Quién es? Hola, Poel... ¿quién te ha hecho subir?

—Su excelencia olvida que acaba de mandármelo.

—Sí?... ah, ya!... era para que me acerques ese cartapacio.

Poel dió el cartapacio al gobernador, que hubiera podido alcanzarlo alargando el brazo.

Su excelencia le colocó otra vez en